

# Dulce y la estrella

Elvia E. Salinas Hinojosa



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Dulce y la estrella



# Dulce y la estrella

Novela infantil

Elvia E. Salinas Hinojosa



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Jesús Ancer Rodríguez  
Rector

Rogelio G. Garza Rivera  
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo  
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña  
Director de Publicaciones

Padre Mier No. 909 Poniente, esquina con Vallarta  
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000  
Teléfono (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4195  
e-mail: publicaciones@uanl.mx  
página web: [www.uanl.mx/publicaciones](http://www.uanl.mx/publicaciones)

Primera edición, 2013  
© Universidad Autónoma de Nuevo León  
© Elvia E. Salinas Hinojosa

Impreso en Monterrey, México  
Printed in Monterrey, México

Para **Genoveva, Candelaria y Paquita**  
mis tres estrellas





Amo la luz, y el río, y el silencio, y la estrella.

**Atahualpa Yupanqui**

Cuando nace un niño, como de costumbre,  
se enciende una estrella, para que lo alumbre.

**Eladia Blázquez**

Créeme, en tu corazón brilla la estrella  
de tu destino.

**Friedrich Schiller**





# PRESENTACIÓN

La Universidad Autónoma de Nuevo León, en su Proyecto Visión 2020 y en el LXXX Aniversario de su fundación, firme en el lema *Por una educación de clase mundial, un compromiso social*, clarifica sus convicciones de sustentabilidad en sus diversos ámbitos: socio-económico, cultural y ético.

Desde esta perspectiva, recrear contenidos humanos profundos y esenciales es una de las prioridades de nuestra Alma Mater, porque las prácticas sustentables toman en consideración la salud física y anímica a futuro. La trasmisión de cultura y de valores se torna en una necesidad ineludible.

Dice Fernando Savater que la infancia ya no es la etapa de la ignorancia. Estamos convencidos de que en la niñez es donde se siembran las ideas y se fijan los valores que labran el futuro de la humanidad. Por ello, para la Preparatoria 9 es de gran importancia contribuir con nuestra Máxima Casa de Estudios en la tarea de cultivar a la comunidad educativa desde temprana edad.

Nos enorgullece profundamente aportar un nuevo texto de literatura infantil al acervo cultural de la Universidad Autónoma de Nuevo León: **Dulce y la estrella**, cuya autora es la Mtra. Elvia Esthela Salinas Hinojosa, Profesora Emérita de nuestro Plantel y colaboradora responsable y comprometida, durante treinta y cinco años, en el proceso de mejora continua y progreso firme de la Universidad.

Ofrecemos con este texto una nueva propuesta para aquellos pequeños seres que desde su corta edad se inician en el ámbito de la lectura y en la práctica de los valores universales. Asimismo, son lectores de literatura infantil los hombres y mujeres de toda edad, capaces de conmoverse ante las verdades totales de la vida y del universo representadas en ella.

Máximo Gorki repetía la sentencia de que para escribir para niños hay que hacer lo mismo que para adultos, sólo que hay que hacerlo mucho mejor. Felicitamos calurosamente a la autora de **Dulce y la estrella**, porque esta novela infantil, además de impactar la cultura universitaria y nuevoleonense, favorece la construcción de la sensibilidad de sus lectores, da buenos ejemplos de convivencia y enseña la importancia del respeto hacia los otros seres humanos.

Lic. Alejandro Villarreal Dey  
Director de la Preparatoria 9

# 1



*L*os meses de preparativos llegaron a su fin.

La hora del parto se acercaba.

El matrimonio llegó a la maternidad justo cuando anochecía.

Meses antes, cuando el doctor les dijo que sería una niña, empezó la búsqueda de ropita, la cuna, los biberones y, por supuesto, el nombre que le pondrían a su primera hija.

Octavio y Candy, los futuros padres, compraron varios libros para conocer el significado de cada posible nombre.

Ambos eran profesores y sabían que el nombre es muy importante para los niños.

Cuando llegaron a la maternidad, aún no habían decidido cómo le pondrían a su hija, pero ambos coincidían en que lo más importante era que la niña naciera bien y sana.

Con mucho cuidado, Octavio abrió la puerta del coche. Los médicos recibieron a su esposa en una camilla.

Al recostarse, ella vio una hermosa estrella en lo alto.

—Mira —le dijo a su marido— la primera estrella para nuestra primera hija.

—Es un mensaje de Dios —le contestó su esposo—. Todo saldrá bien.

El médico los apresuró a despedirse.

Llevaron a la futura mamá a la sala de partos.

Octavio, antes de entrar, elevó su vista y susurró:

—Gracias, Dios mío, por tu mensaje.

Caminó confiadamente hacia la sala de espera.

La familia —abuelitas, tíos y primos— empezaba a llegar.

En el cielo, la gran familia de estrellas estuvo pendiente del nacimiento de la niña.

Había una especial. Brillaba intensamente y sus rayos iluminaban la maternidad.

Así pasó gran parte de la noche. Cascadas de plata caían entre los árboles.

Fueron varias horas de espera. Todos rezaban pidiendo que la bebita llegara con bien y que la madre estuviera sana.

Cuando apareció el doctor, su sonrisa lo dijo todo.

Por fin nació la niña. Las dos estaban muy bien. La familia se despidió. La estrella se fue a dormir.



# 2



*E*l hombre lloraba y veía con asombro la carita de su hija que nació el día anterior.

—Es tan hermosa, tan dulce —le dijo su esposa, quien sonreía en medio de sus lágrimas—. Toma, cárgala y dile cuánto la amamos y con qué cariño esperamos su llegada.

Su papá la tomó en brazos con mucho cuidado. Se acercó a la ventana del cuarto del hospital donde la niña nació.

Empezaba a oscurecer.

—Eres tan linda como una estrella y tan dulce como el canto de los pájaros —le dijo el hombre mientras la besaba.

—Enséñale el cielo —pidió la madre.

Cuando volteó al cielo, una hermosa estrella brilló intensamente.

—¿Qué nombre te gustaría para la niña? —preguntó la señora.

—Su carita es tan tierna, que le vendría muy bien el nombre de Dulce —contestó el orgulloso papá.

—Me encantaría ponerle así —dijo la esposa.

—¡Bienvenida al mundo, Dulce —le dijo su padre con una sonrisa—. Mira la estrella, hijita. Ella será tu compañera siempre.

En el firmamento la hermosa estrella pareció sonreír.

20

Cuando llegó la familia a conocer a la pequeñita, ella les brindaba sonrisas llenas de luz.

—Se llamará Dulce —dijo el padre.

—No pudieron elegir un nombre mejor —comentó la abuelita materna.

—Y ya tiene su primera amiguita —señaló la madre.

—¿Cómo? —preguntó la abuelita paterna.

—Hace un rato la pusimos cerca de la ventana. La primera estrella de este día brilló como nunca.

Los primos y primas gritaron:

—¡Dulce y la estrella!

—¡Dulce y la estrella!

—¡Dulce y la estrella!



Llegó la enfermera y pidió que no hicieran tanto ruido.

Todos guardaron silencio.

Se despidieron de los felices padres y de la niña hermosa.

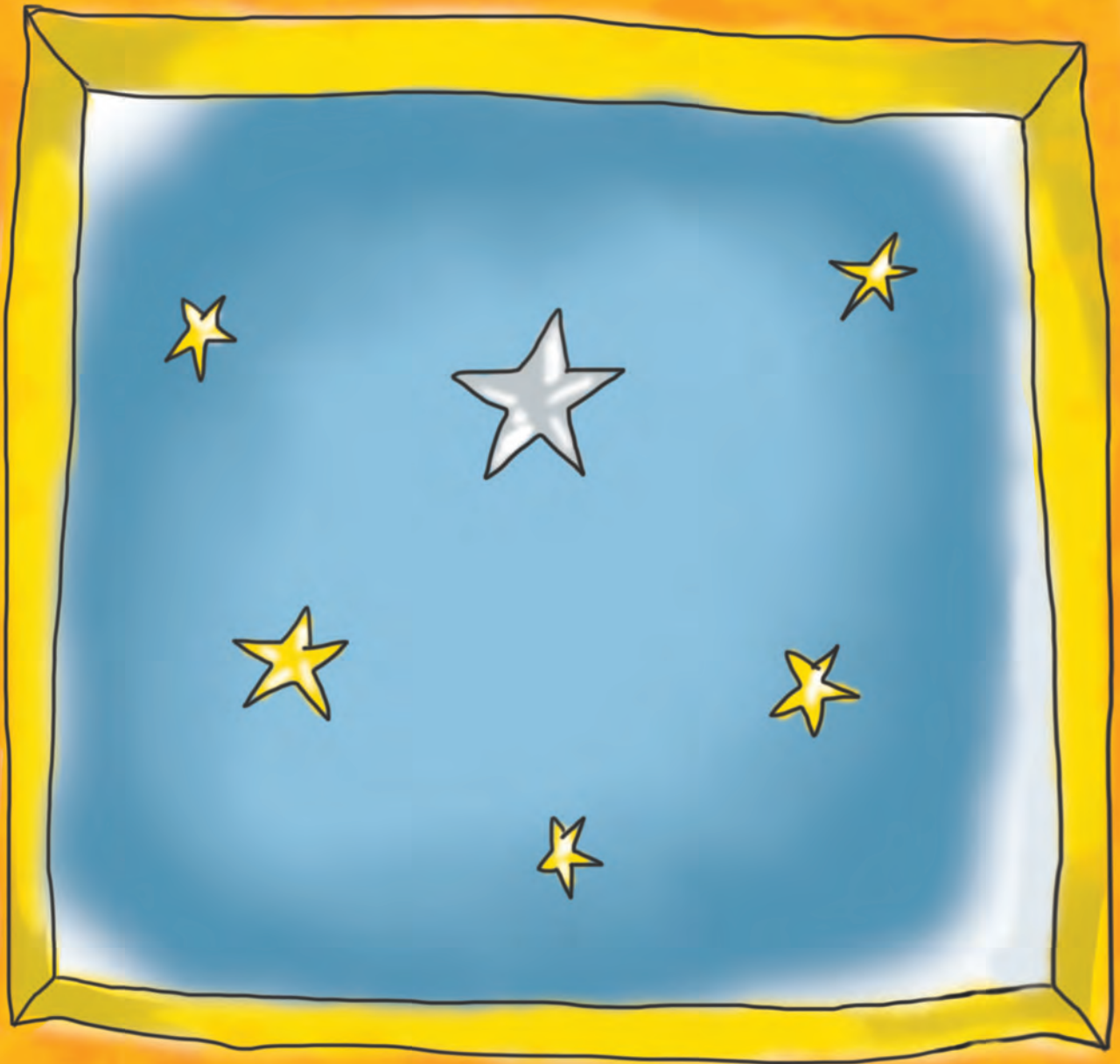
La enfermera dijo que se tenía que llevar a la niña a descansar, que la mañana siguiente la traería de nuevo.

Los padres la besaron.

—Hasta mañana, dulce estrella, pequeña Dulce —se despidió su mamá.

La enfermera salió con la niña en brazos.

En el cielo, ahora cubierto de estrellas, había una especialmente feliz: la estrella de Dulce.



# 3



—*N*o sé qué tiene la niña, vomita todo lo que come —dijo Candy a su esposo.

—¿Será que le va a salir el primer diente? —contestó Octavio.

Dulce tenía ocho meses.

Su mamá estaba nuevamente embarazada.

La sonrisa de la niña se había apagado desde el día anterior.

Ni cuando le enseñaron la primera estrella movió sus manitas, como lo hacía siempre.

Sus padres la habían acostumbrado a que, hiciera frío o calor, Dulce observara la estrella a través de la ventana. La niña reía y saludaba a la luz brillante que la deslumbraba.

—No quiso tomar el último biberón. Cuando llegué de la escuela no me dio los brazos —dijo la madre con pesar.

—Vamos a Urgencias, la tiene que examinar un médico —pidió su papá.

Cuando llegaron al hospital, la fila de gente esperando consulta era grande.

24

La niña empezó a llorar y a vomitar. Inmediatamente llamaron un pediatra.

El doctor la revisó y encontró el estómago duro e inflamado.

—Tenemos que hacer estudios —opinó el médico—, parece una infección intestinal.

El matrimonio se miró. Estaban muy preocupados.

Primero le pusieron un catéter para el suero. La niña lloraba con profundo sentimiento. Los papás tenían los ojos llenos de lágrimas.

Siguieron las radiografías, las tomas de sangre y de orina.

El pediatra decidió internarla, pues había el peligro de que la niña se deshidratara.

La familia empezó a llegar al hospital. Las abuelas y los tíos consolaban al matrimonio.

Cuando atardeció, Octavio salió del hospital y miró el cielo. Buscaba la estrella mensajera de Dios.

Pero el cielo estaba cubierto de negros nubarrones.

Unas grandes gotas anunciaron que empezaría a llover muy pronto.

—Te llama el pediatra —Octavio escuchó la voz de su madre y se estremeció de temor.

El doctor lo esperaba con cara de preocupación.

—Ya tengo el diagnóstico —dijo seriamente—. La niña tiene una oclusión intestinal y hay que operarla de inmediato.

Los ojos de Octavio se agrandaron y se humedecieron.

—¿Operarla, doctor?, si sólo tiene ocho meses.

—Sí, ya lo sé, pero es indispensable. El intestino delgado se alojó dentro del intestino grueso y no deja pasar el alimento. Debemos operar por la mañana. No hay otra alternativa.

Llegó la mamá. Lloraba con desconsuelo.

—La van a operar mañana —dijo el esposo temblando.

—Es tan pequeña, doctor —sollozó la mamá.

—Es indispensable, señora, pues su vida corre peligro.

La pareja se tomó de las manos.

—Adelante, doctor, haga lo que sea necesario —dijo el padre con voz entrecortada.

Fue una noche de angustia, de miedo.

26

Los ojitos siempre alegres de Dulce ahora estaban tristes, tristes, cuando los abría.

Volteaba hacia la ventana, como si buscara algo a través de ella.

—No puedo abrirla, Dulce, está lloviendo —le dijo su papá.

La niña cerró sus ojitos, como si comprendiera.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, llegaron las enfermeras por la bebé. La iban a llevar al quirófano, donde esperaban el anestesista y el pediatra que la operaría.

Toda la familia estaba reunida en la sala de espera. Se escuchaban los padrenuestros y las avemarías.

—¡Cómo se tardan! —exclamó una de sus tías.

Dos horas habían pasado desde que se llevaron a la niña. Parecían dos años.

Por fin se abrió la puerta de la sala de operaciones.

El médico apareció sonriendo y explicó: —Todo ha salido muy bien. Se arregló la oclusión y la niña se recuperará en unos días. ¡Felicidades!

Ahora las oraciones eran acciones de gracias al Niño Dios y a la Virgen.

Los primitos entonaron la estrofa que acostumbraban decir cuando veían a la niña:

—¡Dulce y la estrella!

—¡Dulce y la estrella!

—¡Dulce y la estrella!

La decían en voz muy baja, pues sabían que en los hospitales hay que guardar silencio.

Dulce estuvo internada durante tres días.

Al segundo día señaló con sus manitas la ventana.  
—¿Quieres ver tu estrella, Dulce? —le preguntó su mamá.

Ella sonrió y sus ojitos brillaron como antes.

Cuando abrieron la persiana, la luz plateada de la estrella iluminó el cuarto del hospital.

28





# 4



—¿*P*or qué estás tan sola, niña?

Dulce, asustada, levantó la cabeza.

Ella, molesta, se había sentado en el patio de su casa a contemplar el cielo, mientras sus papás veían las noticias de las siete de la tarde.

—¿Por qué tan sola, Dulce?

—¿Quién habla? —preguntó la muchachita con voz nerviosa—. ¿Eres tú, mamá?, no me asustes.

—Mira hacia arriba, al cielo.

La niña se cubrió los ojos con las manitas.  
—Dulce, Dulce, voltea al cielo.

Se levantó y quiso correr hacia la puerta, pero se detuvo.

Volteó hacia el cielo.

La primera estrella parecía sonreírle. Una luz brillante le llegó directamente a la cara.

Sus ojos café claro estaban muy abiertos.  
—¿Tú me hablas, estrella?

La voz sonó ahora más dulce, más tierna.

—Sí, Dulce, te hablo porque quiero ser tu amiga y conversar contigo todas las tardes que te sientas en el patio cuando tus papás ven el noticiero y tú no sabes qué hacer.

—¿Las estrellas pueden hablar? —balbuceó todavía nerviosa.

—Sólo cuando vemos algún niño solitario y tenemos la tarea de cuidarlo.

—¿Cómo te llamas, estrella?

—Me llamo Venus y soy la estrella más brillante del firmamento. Vivo cerca de la Luna y viajo con ella por el horizonte.

La niña la miraba atentamente. Ya no sentía miedo.

—¿De dónde vienes, Venus?

—Del cielo, como todas las estrellas.

—Yo voy a cumplir tres años, ¿y tú?

La estrella sonrió y dijo:

—Mi edad no se mide como la tuya. Cuando crezcas y vayas a la escuela, aprenderás más cosas sobre mí y sobre mis hermanas las otras estrellas. Por lo pronto seamos amigas y platiquemos todas las tardes, ¿te parece bien?

—¡Sí! Ya no me aburriré cuando mis papás vean las noticias y mi hermanita esté dormida.

Su hermana era rubia y muy hermosa, parecía una muñequita con sus rizos dorados y sus ojos tiernos.

Desde que Yamar cumplió un año, sus padres enseñaron a las niñas a compartir la misma recámara y los juguetes.

Ahora Yamar tenía un año y medio y empezaba a hablar, pero después de cenar se dormía y Dulce no encontraba qué hacer.

—Sólo puedo platicar contigo hasta que aparezcan otras estrellas, entonces mi voz ya no se escuchará hasta el otro día, ¿de acuerdo?

—¡Bueno!

Luego la niña le preguntó:

—Esos rayos que llegan hasta mi cara, ¿de qué son?

—Son rayos de amor, así que ahorita que entres a tu casa, les dirás a tus papás que los quieres mucho. Mira, ya apareció otra estrella. Mañana seguiremos platicando, ¿vendrás?

—¡Claro que sí!, vendré todas las tardes.

Dulce corrió. Abrió la puerta. Sus papás voltearon a verla.

La cara de la niña brillaba.

—Mami, papi, ya no estoy enojada. Los quiero. Los quiero. Los quiero mucho.

# 5



Casi cuatro años tenía Dulce cuando nació su segunda hermanita.

Era 20 de Noviembre. El día estaba nublado, pero aún así, al atardecer, buscó en el cielo a su amiga la estrella y le platicó:

—Hoy por la mañana llegó mi hermanita. La esperamos nueve meses. ¡Si vieras qué bonita ropa le compraron mis papás!

La estrella sonrió con cariño y le dijo:

—Hoy se celebra el inicio de la Revolución Mexicana. ¡Qué lindo día para nacer!

—¿Qué es la Revolución?

—Muy pronto lo aprenderás en el kínder.

Dulce había ingresado en septiembre al jardín de niños.

Le enseñaban palabras en inglés. Ya sabía que estrella, en inglés, se dice star.

—La Revolución fue una guerra que hicieron los mexicanos porque los ricos los trataban mal y se aprovechaban de ellos.

—¿Qué es una guerra, Star?

—¿Cómo me dijiste, Dulce?

—Te dije Star, que es estrella, pero en inglés.

—¡Ah! Ya aprendiste una nueva palabra en inglés.

—Es que le pregunté a mi maestra.

—¡Muy bien! ¿Ya conociste a tu hermanita?

—¡Sí! Fuimos a la clínica y me dejaron pasar a verla. ¡Es tan bonita! ¡Brilla como tú!

—¿La besaste?

—¡Sí, pero nada más una vez porque la enfermera se la llevó. Se llamará Brenya.

—¡Qué bonito nombre! ¿Yamar también fue a verla?

—¡Claro! Le llevamos un ramo de flores a mami.

La estrella suspiró y dijo:  
—¡¡¡Felicidades!!! Me tengo que ir. Ya vi la segunda estrella.  
—Hasta mañana, Estrella. Me voy a dormir y soñaré con Brenya,  
mi nueva hermanita.







# 6



—*P*arece de dulce, mamá, y su pelito brilla como mi estrella —decía Dulce mientras abrazaba el perrito que le regalaron en su cumpleaños. Un french poodle blanco y pequeño.

¡Tanto que había pedido ese regalo!

La sorpresa cuando lo vio al levantarse fue muy grande. Ella no sabía que por fin tendría su mascota.

Lo tomó de la cajita en que lo habían puesto sus padres en la orilla de la cama.

¡El perrito era tan blanco, tan pequeño y tan hermoso!

La niña lo abrazaba y pasaba sus manitas por la cabecita, el cuerpo, las patitas.

—Ya tienes cinco años, Dulce, —le dijo su mamá— y podrás cuidarlo, darle de comer y bañarlo.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —decía la niña sin soltar su tesoro.

—Piensa muy bien qué nombre le vas a poner.

—¿Va a dormir conmigo?

—No. Mira: le compramos su camita. Tienes que enseñarlo a salir al patio todos los días para que haga sus necesidades.

Sus dos hermanitas despertaron.

Yamar iba a cumplir tres años; Brenya, uno.

—Yami, Bren, miren mi regalo —gritaba Dulce llena de alegría mientras les mostraba su tesoro.

—¡Qué lindo! —dijo Yami—. Préstamelo un ratito.

—Cárgalo con mucho cuidado —le pidió Dulce mientras le daba el perrito.

—Debemos pensar qué nombre le vas a poner —comentó nuevamente su mamá—. Es una perrita, por eso debes buscar un nombre femenino.

Las tres niñas acariciaban el animalito, que parecía sonreír.

¡Era tan blanco! Sus patitas tenían manchas negras y sus ojos brillaban como las estrellas.

Dulce no paraba de hablar. Con su regalo en los brazos iba detrás de su mamá, quien preparaba la merienda para la fiesta de cumpleaños.

Su papá estaba en el patio acomodando la piñata, las mesas y las sillas para el festejo.

Se acercaba la hora y pronto llegarían los invitados.

La niña fue con su padre. Él le dijo:

—Ponla en el suelo, para que se acostumbre.

—Tengo miedo de que se caiga, papá.

—No le pasará nada y podrá hacer pipí y popó.

Dulce puso la perrita en el suelo, pero no le quitaba la vista.

—¡Déjala, Dulce! Ella también necesita libertad. No la estés vigilando. Vamos a pensar en el nombre que le quieres poner.

—Es como mi estrella, papá, tan linda como ella.

—¿Le quieres poner Estrella?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—¿No se enojará tu amiga la del cielo?

—Hoy, cuando venga, le preguntaré.

—¡Bueno! Ya es hora de que te bañes y te vistas para la fiesta.

—¿Y mi perrita?

—No te preocupes. Yo la cuidaré, pero ella anda feliz. ¡Mírala!

El animalito corría de un lado para otro.

Cuando llegó la familia para la piñata, Dulce mostraba su hermoso regalo.

Al anochecer, fue a esperar a su otro tesoro: la estrella del cielo.

En cuanto apareció, Dulce le mostró su perrita y le dijo:

—Quiero llamarle Estrella, como tú, pero en inglés, Star, ¿no te enojas?

—¡Claro que no, Dulce, así tendrás tu estrella de día y tu estrella de noche! Además, te quiero decir una cosa: ¡¡¡FELIZ CUMPLEAÑOS!!!

Los rayos de luz fueron aquella noche más intensos que nunca.

—Me voy, Dulce, cuida a mi tocaya Star.

Dulce corrió hacia donde se encontraban sus papás y sus hermanitas.

—Ya tengo el nombre para mi perrita. Se llamará Estrella, pero en inglés, Star, como me enseñaron en el kínder.

Todos aplaudieron. Yamar gritó:

—¡Dulce y Star!

—¡Dulce y Star!

—¡Dulce y Star!



# 7



— *N*o quiero ir al kínder, mamá, —dijo Dulce al día siguiente de su cumpleaños— tengo que cuidar a Star.

—Tu perrita se quedará con nosotros, Dulce, tú tienes que ir al jardín de niños.

—¿Mi papá la va a llevar al patio para que haga sus necesidades?

—¡Claro!, él o yo la sacaremos. No te preocupes.

—¿No me puedo quedar hoy con ella?

—Primero son tus obligaciones. Cuando regreses te encargarás de Star.

En la escuela, la niña no paraba de hablar de su cumpleaños y de su regalo tan especial.

—Se llama Star, maestra. Es blanca y tiene manchitas negras en las patas. Sus ojos brillan mucho, mucho. Me sonrío cuando la cargo.

La profesora le dijo:

—Te felicito, Dulce. ¿Quieres aprender otras palabras en inglés?

—¡Sí! ¿Cómo se dice blanco?

—White —le contestó la maestra.

—¿Y negro?

—Black.

—Entonces Star es de colores white y black —gritó la niña a sus compañeritos.

—¿Ves, Dulce? Todos los días aprenderás palabras en inglés sobre Star.

Ese día Dulce salió feliz del kínder. Cuando vio a su padre, quien pasó a recogerla, le dijo:

—Papá, Star es white y black, white y black, white y black.





# 8



*D*ulce despertó a medianoche. Lloraba con gran sentimiento. Sus dos hermanitas seguían dormidas.

Sus papás la escucharon y fueron a la recámara de las tres niñas.

Prendieron la luz y vieron a Dulce, quien se cubría la cabeza con la sábana y sollozaba.

—¿Qué tienes, Dulce? ¿Por qué lloras así? —le preguntó su papá.

La niña no podía hablar. Lloraba y lloraba.

—Hijita —la abrazó su mamá—. ¿Qué pasó? ¿Te asustaste?  
¡Platícanos!

Dulce pasó sus bracitos de cinco años por el cuello de su madre.

—Mi estrella no vino ayer. Creo que ya no quiere ser mi amiga. Y Star me gruñó cuando la quise cargar. Además, soñé que un monstruo me perseguía y me quería matar. ¡Era horrible, mami, todo negro y enorme, con los dientes grandotototes. Me gruñía como cien veces más fuerte que Star!

—Tu estrella no vino porque estaba muy nublado y llovió mucho. Star está enferma de su estomaguito. Mañana la llevaremos con el veterinario.

—¿Qué es un veterinario?

—Es un doctor especialista en animales. Él sabrá qué tiene Star y le dará medicamento.

—¿Y el monstruo que me perseguía en el sueño?

—Es que te acostaste preocupada por Estrella y por Star. Vamos a rezar un Padrenuestro y un Avemaría y dormirás tranquila. Pero los monstruos no existen. Sólo en los sueños.

Dulce juntó sus manitas y dijo:

—Niñito Jesús, te pido, por favor, que mañana venga Estrella y que Star se alivie pronto.

Y rezó con sus papás las dos oraciones.

Después se durmió profundamente.



# 9



*D*ulce terminó el jardín de niños. La fiesta de graduación fue muy bonita. Su ramo de flores rosas era tan grande que la niña no podía cargarlo.

Sus papás, sus hermanitas y sus padrinos la acompañaron al teatro donde recibió su certificado. Luego fueron a comer hamburguesas y refrescos.

Yamar le decía:

—Ya no vamos a estar en la misma escuela. Ahora tú irás a la primaria y Bren y yo nos quedaremos en el kínder.

—Ya lo sé, pero en la primaria aprenderé otras cosas y muchas palabras en inglés.

—Mira, Dulce, —dijo su mamá cuando regresaron a su casa. Señaló el cielo.

—¡Métanse! ¡Métanse! Ya va a llegar mi amiga Venus.

—¿Por qué le dices Venus? —le preguntó su papá.

—Porque ella me dijo que así se llama; pero métanse, porque si no, no hablará conmigo. ¡Rápido!

Los empujaba para que entraran en la casa.

50 Cuando estuvo sola, dijo:

—Venus, ¿dónde estás?

—¡Aquí! —le respondió una voz en lo alto.

—Pensé que no te alcanzaría hoy.

—¡Sí!, ya vi cómo apuraste a tus papás y a tus hermanitas para que entraran en la casa.

Dulce le mostró un papel enrollado.

—Mira, Estrella, es mi certificado de que terminé el kínder. En septiembre iré a la primaria.

—¡Qué emoción, Dulce! —le dijo la estrella—. ¡Te felicito! ¡Me siento tan orgullosa de ser tu amiga! Me voy.

—Gracias, Venus. ¡Hasta mañana!

Y entró contenta en su casa mientras gritaba:

—¡Star!, ¡Star!, ya llegué.





# 10



*P*rimero día de clases. Los niños nerviosos. Sus papás también.

Los uniformes nuevitos. Las mochilas recién estrenadas. Todos muy limpios. Bien ordenaditos.

Dulce llegó unos minutos antes de que sonara el timbre. Su mamá la dejó en la puerta, pues no permitían que los padres acompañaran a los niños hasta el salón de clases.

—Deben asumir su responsabilidad desde el primer día —les había dicho la directora en la junta previa.

Dulce estaba asustada y nerviosa. La noche anterior lloró un poquito, pero Venus la consoló:

—No te preocupes tanto; allá los niños son como tú. Todos van a ir nerviosos y asustados, pero pasados los primeros minutos, eso desaparecerá.

—¡Ay, Estrella, tengo tanto miedo! ¡No conozco a nadie!

—¡Tranquila, amiguita! Yo sé lo que te digo.

—¿Me lo juras, Venus?

—Ya sabes que no está bien andar haciendo juramentos. Pero te aseguro que mañana en la tarde, cuando volvamos a vernos, me darás la razón.

¡Venus nunca se equivocaba!

Cuando esa tarde salió a verla, la niña traía un papel en la mano y una gran sonrisa en los labios.

—¡Hola, Estrella!

—¡Hola, Dulce!

—¡Hola, Venus!

—Hola, Dulce!

—¡Hola, hola, estrella Venus!

—¡Hola, hola, amiga Dulce!

—¡Hola, hola, hola, Estrellita!

—¡Hola, hola, hola, Dulcecita!

Parecía que el juego no acabaría nunca; pero llegaron las dos hermanitas a decirle que ya estaba lista la cena.

—Vayan ustedes. Díganle a mami que no me tardo.  
—¿Qué estás haciendo sola? —le preguntó Yamar.  
—¿Estás con tu amiga la estrella? —le dijo Brenya.  
—Córranle y díganle a mamá que ya voy, pues si no se molestará conmigo.

Las hermanitas voltearon al cielo y se echaron a correr hacia la cocina.

—Mira, Venus, lo que hice en la escuela.

Y abrió el papel que traía doblado en cuatro partes.

Era un dibujo que representaba a una niña en diversos momentos:

Arriba, a la izquierda, estaba sentada mirando al cielo y una estrella, muy blanca y hermosa, la cubría con su luz.

Del lado derecho la niña estaba sola y llorando en medio de una fuerte lluvia.

En la parte de abajo de la hoja, en el lado izquierdo, se veía a la niña dándole un beso a Venus, que había bajado por un momento para recibir las muestras de cariño de su amiguita.



En el lado derecho, Dulce dibujó a su amiga Venus muy grande; le puso ojitos, nariz, un moñito y una linda sonrisa.

Mi maestra me felicitó, Estrella. Me preguntó por qué te dibujé cuatro veces y le dije que eres mi mejor amiga, que te quiero mucho y que te extraño cuando está nublado y no vienes.

—Dulce —se oyó la voz de su mamá— ven a cenar, hijita, porque luego tienes que hacer la tarea y bañar a Star.

—Ya voy, mamá —volteó al cielo y preguntó:

—¿Alguna vez podrás bajar para darte un beso?

La estrella le brindó un enorme rayo luminoso y pareció que derramaba una lagrimita.

# 11



— *P*api, ¿por qué nos apuntan los policías? ¿Son buenos o malos?

Y se puso a llorar.

—No te asustes, Dulce —le dijo su padre mientras le acariciaba el pelo.

—Pero mira, papá, tienen pistolas muy grandes y se tapan la cara.

—¡Shhh! No digas nada, hijita, sólo nos van a revisar el carro. Son soldados, no policías.

Era la hora de la salida de la primaria y su padre había ido a recogerla. Cuando iban rumbo al kínder a recoger a sus hermanitas, los soldados les marcaron el alto.

—¿Nos van a matar?

—¡No! ¡No! Sólo quédate callada. Yo hablaré con ellos.

Dulce escondió su carita mojada en el brazo de su papá.

—¿Dónde estás, Venus? —pensó la niña—. Si estuvieras conmigo esos hombres no nos apuntarían con sus armas.

Los sollozos la estremecían, pero comprendió que tenía que estar callada.

Su padre bajó el vidrio del auto y dijo:

—¡Buenas tardes! ¿Ocurre algo?

Una voz muy seria le respondió:

—¡Buenas tardes! Discúlpenos, señor, pero recibimos un mensaje de que andan por aquí varios asaltantes y estamos cuidando el área.

—¡Mire a mi hija! ¡Está atemorizada! Me preguntó que por qué se cubren el rostro, que si son malos.

—Yo también tengo hijos y lo comprendo —le respondió el soldado—, pero es por el bien de la comunidad.

—¿Oíste, Dulce? No te va a hacer nada, sólo vigila el área y checa los coches.

—¿Te llamas Dulce? ¡Qué bonito nombre! —comentó el soldado.



La niña separó la carita que tenía escondida detrás del brazo de su padre y miró al soldado con desconfianza.

—Mi hija es más o menos de tu edad, ¿cuántos años tienes?

Dulce no podía ni hablar.

Su padre le dijo:

—¡Contéstale al señor, hijita!

—Voy a cumplir siete años el mes que viene —expresó ella con voz tímida.

—¡Qué casualidad! Mi hijita también cumplirá siete años el próximo mes. Se llama Cecilia. ¿Qué día cumples años?

—El 17.

—¡Cecy también! —exclamó el soldado.

—¿Te puedo ver la cara? Yo no soy asaltante y no te voy a disparar. No tengo armas. Sólo tengo una perrita que se llama Star y una amiga que se llama Venus.

—Sólo por un momentito, Dulce, para que veas que los soldados somos iguales que los demás —le dijo el militar.

Y se levantó la máscara que le cubría el rostro.

Dulce vio unos ojos muy tiernos y una sonrisa amable.



El soldado volvió a cubrirse la cara y le dijo:  
—¡Eres una niña linda y muy valiente! Le platicaré a Cecy sobre ti y sobre Star y Venus. Sigán adelante.  
—¡Muchas gracias! —dijo el papá.  
—¡Adiós, señor soldado! Me saluda a su hija Cecy —dijo Dulce con una sonrisa.

Se fueron por sus hermanitas.

Al anochecer, Venus no podía callar a su amiga Dulce, quien hablaba y hablaba sobre su aventura de ese día. Decía que su amigo el soldado tenía una hijita que cumpliría años igual que ella y que ya no les tendría miedo.

La estrella le preguntó: —¿Rezarás por los soldados todas las noches?

—¡Sí, Venus! ¡Hasta mañana! Ya sé que es hora de que te vayas. Busca con tu luz a mi amigo el soldado y a su hija Cecy y cuídalos.

—¡Hasta mañana, amiga Dulce!



# 12



¡No podía creerlo! ¡Saldrían de viaje en ferrocarril!

Desde muy pequeña, Dulce soñaba con subirse a un tren. Siempre que escuchaba el silbato del ferrocarril, reía y reía.

—Es que parece que me habla —decía la niña— y siento como si cantara para mí.

Sus padres la llevaban a la antigua estación Del Golfo, ahora convertida en una casa de cultura.

Dulce se emocionaba con la vieja máquina que se exhibía en el exterior.

A veces la llevaban a la calle Fleteros, donde todavía transitan algunos trenes. Especialmente esperaban a que pasara el de las seis de la tarde.

¡Era tan largo! La niña contaba los vagones. Podía distinguir los que eran de carga y los que llevaban pasajeros.

Cuando pitaba, Dulce pedía silencio a sus hermanitas para escuchar mejor los tres silbidos de la máquina.

—¿Cuándo vamos a subirnos a uno? —preguntaba.

—Casi ya no hay trenes de pasajeros, hija —le respondía su papá—, pero lo intentaremos.

Cuando veía a su amiga Venus, Dulce le platicaba de sus deseos de viajar en ferrocarril.

La estrella le decía:

—Cuando pides con mucha fe, tus deseos se te concederán tarde o temprano. ¿Qué es lo que más te gusta del ferrocarril?

—Todo: el sonido que hace cuando va por los rieles, la forma en que se mueve, lo grande que es, pero sobre todo la forma en que pita. Es como una música alegre y triste a la vez.

¡Y ahora iba de viaje en uno con su familia: sus papás y sus dos hermanas! ¡De Monterrey a la Ciudad de México! ¡Parecía un sueño!

Los preparativos fueron muchos: ir a dejar a Star a casa de su abuelita, los boletos, la ropa, la cámara para tomar fotografías, las libretas para dibujar en el camino y tantas cosas más.

Por fin se subieron al tren. Ella pidió ventanilla.

Cuando el tren se movió, los ruidos de la máquina le parecieron como quejidos de alguien que hace un gran esfuerzo.

Pero luego empezó a deslizarse suavemente por los rieles. La niña observaba que los arbotantes de la luz, las casas, los puentes, los árboles, se iban quedando atrás.

—¡Todo se mueve! —gritaba.

—No, somos nosotros los que nos movemos —le dijo su mamá.

Serían diez y ocho horas de viaje hasta la Capital.

Cruzaron montes, ciudades, llanuras. Dulce y sus hermanitas no paraban de hablar. Pero cada vez que la máquina silbaba, todos guardaban silencio para escuchar esos tres hermosos sonidos.

Pasaron las horas.

Atardeció.

Dulce volteó al cielo.

Vio la luna enorme y a Venus frente a la ventanilla, pero no podía hablarle porque estaba con sus papás y sus hermanas.

La estrella sonreía sólo para ella.

Ya sé lo que quieres decirme —pensó la niña— que todo lo que uno pida con fe se le concederá tarde o temprano.

Dos chispazos de luz le indicaron que Venus la entendía.

Pronto oscureció y asomaron las otras estrellas.

—Hora de dormir —dijo su papá—; llegaremos por la mañana a la Ciudad de México.

La sonrisa de la niña no se borró en toda la noche.

# 13



— *V*enus, Venus, ¿por qué no llegas? Te haces del rogar porque sabes que te necesito.

La estrella la observaba detrás de las nubes, en el cielo inmenso.

Pero todavía no era la hora de asomarse a la Tierra.

Dulce hacía ademanes y pucheros.

Parecía a punto de llorar.

—Nadie me entiende. Ni tú, Venus, que dices ser mi mejor amiga.

Estaba en el patio de su casa. Caminaba de un lado para otro.

Su perrita la seguía.

—¡Quítate, Star! ¿No ves que estoy enojada? Mi amiga Marcela se burló de mí porque la maestra me regañó.

—¿Por qué te regañó, Dulce? —se escuchó una voz en lo alto.

—¡Por fin llegaste, Venus! Te tardaste más que los otros días.

—¿Por qué te regañó tu profesora, amiga?

—Es que...

—¡Dímelo claramente!

—¿Tú también estás enojada?

—¡No! Las estrellas no nos enojamos.

Dulce se sentó en el columpio que su papá les puso debajo del árbol más grueso del patio.

Empezó a mecerse. Star corría de un lado para otro. Ladraba suavemente.

—¡Vete, Star! ¡Métete a la casa!

Star agachó la cabeza. Sus orejitas temblaron. Se fue caminando muy despacio, como si esperara que la niña la llamara.

—Platícame, Dulce, ¿qué te pasó en la escuela?

—Marcela tiró un banco, pero la maestra creyó que fui yo y me



regañó delante de mis compañeros. Todos se burlaron porque me dejó sin descanso.

—¿Tú le explicaste cómo fueron las cosas?

—Yo no podía acusar a Marcela y ella no dijo nada. A la hora de salida, la profesora le dio la queja a mi mamá y también me regañó. Hoy no voy a poder ver la televisión. Estoy castigada.

Venus la miró con ternura. Le envió un rayo de luz tan potente que la niña no tuvo más remedio que sonreír.

—¿Ves, amiga? Todo pasa en la vida. Mañana se arreglarán las cosas. Ve a cenar y consuela a Star, que se fue muy triste.

—Dulce, Dulce, ¿dónde estás, hijita?

Era la voz de su mamá.

—Aquí, en el patio.

—Ven, te habla Marcela por teléfono.

—¡No! Dile que no quiero hablar con ella.

La señora salió al patio y comentó:

—Marcela le platicó a su mamá que ella tiró el banco y que por su culpa te castigaron. Quiere pedirte disculpas. Mañana le dirá la verdad a la maestra.

—¿Ella te dijo todo eso?

—Primero hablé con su mamá. Luego Marce me contó todo. Ven a contestar el teléfono.

Venus observaba la escena.

Dulce volteó al cielo. La estrella le hizo un guiño.

Cuando tomó el teléfono, su mamá la dejó sola. Star estaba en un rincón.

—¡Ay, Dulce, qué tonta fui al acusarte! Es que me dio miedo y vergüenza, ¿me perdonas? Mañana les diré la verdad a la profesora y a los compañeros.

—¡Qué bueno, Marcela!, sí te perdono, porque eres mi amiga y a lo mejor yo hubiera hecho lo mismo.

—Ya me dijo tu mamá que te levantará el castigo y podrás ver el programa de astronomía que tanto te gusta. Ya casi empieza.

—¡Sí! ¡Hasta mañana!

Cuando colgó el teléfono, vio a Star en el rincón. La perrita la miraba con tristeza.

—¡Ven, Star! ¡Perdóname! Tú no tienes la culpa de que yo estuviera enojada.

Star corrió moviendo la colita y las orejas. Dulce la tomó en brazos y la besó. El animalito brillaba de alegría.

—¿Ya vas a cenar, Dulce? Falta poco para que comience tu programa.

—Sí, mamá, sólo voy un momentito al patio. No me tardo.



Venus la esperaba. Resplandecía.

—Venus, Venus, todo se arregló. Marcela reconoció su culpa. Mañana se lo dirá a la profesora. Voy a ver la televisión y a cenar. Perdóname si te grité y te reclamé por tardarte tanto.

—¿Las amigas siempre se perdonan, Dulce?

—¡Sí! Si son amigas de verdad.

—¿Tú y yo somos amigas de verdad?

—¡Claro!, desde que yo nací tú estabas cerca de mí, ¡siempre!

—Entonces te perdono de todo corazón, amiga Dulce. Entra a tu casa. Tu mamá te está esperando.

Dulce apretó a Star y la besó otra vez.

Luego se puso la mano en la boca y le lanzó otro beso a su amiga Venus.

—¡Hasta mañana, Venus! ¡Te quiero mucho!

—¡Yo también te quiero, Dulce! ¡Hasta mañana!

Esa noche Dulce confirmó que tiene tres grandes amigas: Venus, Marcela y Star.

# 14



La Navidad de sus diez años fue la más triste en la vida de Dulce.

Dos meses antes murió su abuelita Cande. El dos de octubre la sepultaron en el panteón de su pueblo natal.

La niña y sus hermanas Yamar y Brenya nunca olvidarán el amor que su abuelita les dio. Pasaban días enteros con ella. Les contaba historias de su niñez en el pequeño pueblo donde ahora la fueron a despedir.

Cuando supieron que estaba enferma, no comprendieron que pronto partiría al cielo.

Por eso se sorprendieron el día que su mamá les dijo que todos irían al pueblo a despedir a su abuelita.

Era la primera vez que Dulce iba a un sepelio. Tanta gente que lloraba y suspiraba. Sus tíos estaban tan tristes. Sus primos no hablaban. Sus hermanitas también lloraban.

Nunca había ido a un panteón. Cuando le dijeron que su abuelita se quedaría ahí gritó y dijo que ella no se iría dejándola sola.

74

Su padre le explicó que todos los cuerpos que mueren se quedan en el panteón, pero las almas se van al cielo, que así se lo enseñaron en el catecismo y que nosotros sabemos que allá estarán con Dios.

Fueron casi dos meses de tristeza, de lágrimas porque ya no la verían más.

Llegó el día de Navidad. La familia preparaba la celebración, pero sin ánimo.

Se reunirían —como cada año— en la casa de la abuelita que ya no estaba.

Su mamá y sus tíos habían arreglado el árbol de navidad y el nacimiento entre suspiros de tristeza. Pero seguirían la tradición que su madre les había enseñado.

Antes de morir les dijo que debían continuar unidos como ella los educó.

Se pusieron de acuerdo para llevar las cosas de la cena: los tamales, el guacamole, los frijoles charros, las salsas, el pastel, los buñuelos, los dulces y los refrescos.

Seguirían la tradición de pedir posada y acostar al Niño Dios, aunque la nostalgia no los abandonaba.

Esa Navidad no habría regalos, porque nadie tenía deseos de andar de compras.

Dulce salió al patio y buscó a Venus, quien la esperaba ansiosa, porque pronto llegarían las otras estrellas y ella quería saludar y consolar a su amiga en ese día especial.

—Por fin llegas, Dulce —le dijo la estrella—. Creí que no te vería hoy.

—Ay, Venus! Estoy tan triste. La fiesta de hoy no será como otros años porque mi abuelita ya no está aquí.

—Pero los mira a todos desde el cielo, Dulce, así que la fiesta debe realizarse.

—¿Cómo lo sabes?

—Acuérdate que yo soy como tu Ángel de la Guarda. Este mensaje me lo dio Dios para ti.

—¿No me mientes, Venus?

—Pues claro que no. Los ángeles no decimos mentiras. Anda, te llama tu mamá. Es hora de irse a casa de tu abuelita.

—¡Feliz Navidad, amiga Venus!

—¡Feliz Navidad, amiga Dulce!

76

Cuando iban camino a casa de su abuelita, Dulce observaba cómo la estrella seguía el coche; parpadeaba y lanzaba fuertes rayos de luz.

La niña les dijo a sus papás:

—En esta fiesta de Navidad mi abuelita nos acompañará desde el cielo. Rezaremos por ella y ella nos escuchará.

Venus sonrió en lo alto. Las otras estrellas también.



# 15



—¿*P*or qué no has venido, Venus? ¿Ya no soy tu amiga?

—Sí he venido, Dulce. Yo te veía, pero tú no podías verme a mí.

Enero. Mes de frío en Monterrey. Mes de mucho trabajo.

Las fábricas vuelven a prender las chimeneas que estuvieron apagadas durante las vacaciones navideñas.

El humo se extiende por la Ciudad.

Los niños regresan a las escuelas. Los papeles tapizan las calles.  
—Es la contaminación, Dulce. Tanta basura, tanto humo, tantos

desperdicios de las fiestas decembrinas te impidieron verme, pero yo te buscaba todos los días al atardecer.

Dulce estaba ya en sexto grado de la primaria. Su maestra les hablaba del hoyo negro, producto de la contaminación, de que los hombres estaban causando un gran daño al Planeta.

Esa noche la niña consultó el Internet. Se enteró del problema a nivel mundial.

Vio muchas fotografías y videos sobre el esfuerzo de personas que trabajaban por la ecología, pero también se enteró de otras que dañaban el medio ambiente.

Por la mañana, en la escuela, le dijo a su profesora:

—Maestra, ¿qué podemos hacer los niños por el Planeta?  
¿Cómo podemos participar?

La profesora preguntó al grupo:

—¿Tienen alguna idea? ¿Se les ocurre alguna actividad?

El grupo estaba formado por quince varones y dieciocho niñas.

—Podemos organizar un concurso del salón más limpio, maestra —dijo uno de los alumnos.

—También traeremos botes para clasificar la basura —sugirió una niña.

—Limpiaremos el patio todos los días, para que no haya papeles tirados —opinó Dulce.

—Haremos cartelones que digan: cuida tu escuela —propuso la profesora—. ¿Empezamos con esas actividades?

Ese día el salón de clases permaneció limpio, limpio. Ni un papel se tiró en toda la mañana.

La maestra pidió un voluntario para comprar cuatro botes grandes. Un niño dijo:

—Mi papá los vende, profesora. Le diré que nos los deje baratos.

—Mi equipo hará los cartelones para mañana —dijo Dulce—; en la hora de descanso nos pondremos de acuerdo.

—Nosotros recogeremos los papeles que haya tirados antes de empezar las clases —opinó un niño.

Dulce pasó toda la tarde muy atareada. Su cartelón decía: *Podremos ver las estrellas y la luna si no contaminamos el ambiente.*

Ansiaba que llegara el atardecer para enseñarle a Venus su trabajo, iluminado por una hermosa luna y muchas estrellas, donde destacaba una más grande y brillante que las demás.

Por suerte, Venus estaba visible.

—¡Hermoso cartelón, amiga! ¡Te felicito! ¿Todo el grupo va a participar?

—Sí. Estamos formando equipos de seis o siete compañeros. Cada equipo realizará su trabajo por una semana. Luego cambiaremos las actividades.

La primera semana fue agotadora. Algunos niños se burlaban y tiraban papeles delante del equipo de limpieza.

La directora observó el trabajo del grupo de sexto año.

En la asamblea del lunes, después de los honores a la Bandera y de entonar el Himno Nacional, la directora tomó el micrófono y dijo:

—El grupo de sexto año se ha esforzado toda la semana por tener limpia la escuela. El papá de Ramón regaló los botes para clasificar la basura en inorgánica (papel, plástico, vidrio) y orgánica (comida); hermosos cartelones invitan a la limpieza. ¡Pido un aplauso para ese grupo!

Toda la escuela reconoció la labor ecológica de esos treinta y tres niños y de su profesora.

—La tarea debe continuar —expresó la directora— por eso propongo que toda la escuela participe.



—¡Sí! ¡Sí! —gritaron a coro los alumnos.

¡Claro que no faltaron las sonrisas burlonas y los gestos de algunos, como siempre sucede en estos casos!

Pero el primer paso ya estaba dado. Venus era feliz. Dulce también.

*Podemos ver  
las estrellas y la luna,  
si no contaminamos  
el ambiente*



# 16



—*N*unca lo olvidaré —decía Dulce a sus amigas—. Es tan grande, tan hermoso, aunque a veces me daba miedo.

Todas la miraban con atención.

—Te llama, te invita y tú no sabes qué hacer.

—Parece que hablas de algún muchacho —le dijo sonriendo su hermana Yamar.

—¡Cómo crees! Tú sabes que hablo del mar.

Acababa de regresar del viaje a la playa. Su piel estaba morena y reluciente.

Fueron cuatro días maravillosos los que había pasado con la familia en la Isla del Padre.

Celebraban el aniversario de bodas de sus papás con ese viaje.

Llegaron al hotel cuando atardecía. Dulce fue a la pequeña terraza del departamento donde se hospedaban.

Desde ahí el mar se confundía en la distancia con el cielo.

Dulce abría sus ojos con asombro. Había visto el mar en las películas, en los libros y en Internet, pero nunca imaginó que fuera tan grandioso.

Tres gaviotas se posaron en el barandal de la terraza. La niña reía feliz al ver la belleza de las aves.

Quiso llamar a sus papás, a sus hermanas y a su perrita, pero en ese momento sintió un rayo de luz en su cara.

Volteó al cielo.

Venus la miraba sonriendo.

—Ya creía que no me verías, Dulce. ¿Te olvidaste de mí? Soy tu amiga Venus.

—Venus, Venus, ¿cómo supiste dónde estoy? Pensé que no te vería estos cuatro días.





—Ya sabes que yo te cuido siempre, dondequiera que estés te vigilo. Tú eres tan valiosa para mí que te sigo por todos lados, aunque no me veas.

Dulce extendió los brazos como si quisiera abrazar a la estrella.

—¡Qué feliz estoy, amiga!, el mar es más hermoso que en las películas, que en los libros y que en Internet.

—Sí, pero debes tener cuidado mañana y todos los días. No te alejes de tus papás y tus hermanas, porque el mar también es peligroso y te puede arrastrar.

**86** Las gaviotas cantaban alborotadas.

—Ven a cenar, Dulce —se escuchó la voz de su mamá.

—Ya voy, mami, un momentito más, pues hay tres gaviotas que quieren ser mis amigas.

Se escucharon los pasos de las hermanas.

—Ya me voy. Dulce, pues vienen Yamar y Brenya. Cuídate mucho y vigila a tus hermanitas. Nos vemos mañana.

—¡Hasta mañana, amiga!

¡Qué pronto se pasaron los cuatro días más felices que Dulce recordaba!

Hacían figuras de arena, corrían y corrían por la playa, brincaban las olas, juntaban pequeñas conchas, escuchaban los cantos de las gaviotas.

El último día, al atardecer, Dulce vio un caracol muy grande, blanco por fuera y rosa por dentro.

Quiso tomarlo en las manos, pero sintió miedo y sólo lo observaba.

—Tómalo, Dulce, lo puse ahí para ti.

—Venus, ¡ya llegaste! ¡Es tan hermoso! ¿Cómo lo trajiste?

Lo fui empujando con mis rayos hasta la playa y lo he cuidado varias horas hasta que pudiera hablarte y decirte que es mi regalo y mi recuerdo.

—¿Por eso nadie lo recogió?

—¡Sí! Yo lo cubrí para que nadie lo viera. Póntelo en la oreja y escucha sus sonidos.

—Me da miedo. ¿No hay algún animal adentro?

—No. Está limpio. Confía en tu amiga Venus.

La chica tomó el caracol. Lo observó un momento. Venus la apresuró.

—Ya casi es hora de marcharme, Dulce. Ponte el caracol en la oreja.

¡No lo podía creer! ¡Qué maravilla de sonidos! ¡Todo el mar se escucha en un caracol!

Dulce no lograba comprenderlo. Veía el mar y luego a Venus. Sus ojos brillaban de felicidad. Apretaba el caracol en su oreja.

—Venus, Venus, ¡te quiero! ¡Qué hermoso regalo! ¡Nunca olvidaré estos momentos!

—Ve a enseñárselo a tus papás y a tus hermanas, porque te están viendo con mucha curiosidad. Te veré mañana en tu casa.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!, amiga Venus. ¡Hasta mañana!



Un rayo de luz se posó en el caracol y dejó una pequeña marca, recuerdo de la amistad de Dulce y la estrella.

Al contarles a sus amiguitas sobre su viaje, Dulce guardó el secreto de Venus, pero mostró orgullosa el enorme caracol con una pequeña mancha en forma de corazón.







—*P*ronto tendré que acompañar a otra niña, Dulce —le dijo un día Venus a su amiga.

—¿Qué dices? ¿Y yo? —Dulce se puso muy seria. Parecía que iba a llorar.

—Tú ya vas a cumplir doce años. Pronto serás adolescente.

—¿Eso qué tiene que ver? Yo quiero que seas mi amiga para siempre, Venus.

—Siempre seremos amigas, Dulce, pero las estrellas tenemos que guiar a los niños. Yo te veré dondequiera que estés y te cuidaré.

—¿Y no podré hablar contigo?

—Sí, pero de otra forma: con el pensamiento. Piensa que hay muchos niños a los que puedo guiar y aconsejar.



—¿Cuánto tiempo nos falta?

—Unos meses; mientras tanto, seguiremos platicando al atardecer.

Pasaban los días. Todas las tardes, antes de anochecer, Dulce salía al patio o al porche de su casa. Miraba al cielo y Venus —cuando la podía ver— le sonreía con ternura y le decía que no estuviera triste, que pronto tendría muchas cosas de qué preocuparse, que ya iba a entrar a la secundaria, que las tareas serían más grandes, que haría nuevos amigos y amigas, que luego se enamoraría y tendría un novio, que iría a las fiestas, al cine y tantas otras cosas...

Llegó el día de la graduación de la primaria. La ceremonia se realizó en el auditorio de la escuela.

Dulce estaba feliz. Sus papás, sus hermanas, sus tíos y primos la acompañaron a celebrar el acontecimiento.

Cuando le dieron su diploma, el salón se llenó de aplausos y porras.

Luego siguió el convivio con sus compañeros del grupo. Fueron a las pizzas acompañados de sus familiares.



Le regalaron un hermoso reloj en forma de estrella, pues toda la familia sabía de su amor por ellas.

—¡Es Venus, mi amiga! —dijo Dulce—. Lo conservaré para siempre.

La estrella le había avisado que en el día de su graduación se despedirían, que ya su padre, el Sol, le había asignado a otra niña que pronto iba a nacer.

Al atardecer, Venus parpadeó intensamente cuando Dulce salió al jardín.

—Acuérdate, amiga, que siempre estaré cerca de ti, en tu corazón. Siempre me tendrás para escuchar tus secretos, tus temores, tus alegrías y tus tristezas. Me tengo que ir. Ya está oscureciendo.

¿Fue su imaginación?

Dulce sintió como si alguien la abrazara muy fuerte.

También creyó ver una lágrima en el rostro de Venus.





# EPÍLOGO

*M*añana se cumplirán doce años que me despedí de Venus —piensa Dulce camino a su oficina.

Tiene veinticuatro y es una profesionalista, pero los recuerdos de su infancia la acompañan siempre.

Fue una época tan feliz a pesar de la pérdida de su abuelita, de las enfermedades y de los temores.

Llega al observatorio astronómico donde trabaja. La oficina está tapizada de fotografías de las estrellas.

Una en especial destaca en el centro por su belleza.

Es la reproducción de Venus, tomada desde la Tierra por un famoso astrónomo.

Ahora sabe que Venus es la estrella del amor, que se puede ver por las mañanas y se llama lucero del alba; y que en los atardeceres se le dice estrella vespertina; que es el segundo objeto más brillante del firmamento, después de la luna.

—Hola, Venus —repite el saludo diario.

La imagen parece sonreírle.

# AGRADECIMIENTOS

A la Preparatoria 9 de la Universidad Autónoma de Nuevo León, bajo la dirección del Lic. Alejandro Villarreal Dey, por apoyar este proyecto.

A la Mtra. Juana Garza de la Garza, quien dedicó incontables horas a la corrección del texto.

A la Lic. Rosalba Martínez Morales, por sus valiosos comentarios y sugerencias.

A la Lic. Cynthia P. Pérez Sepúlveda, por su invaluable participación en el diseño editorial, en la creación de las imágenes que ilustran el texto y en el diseño de la portada.



# ÍNDICE

DEDICATORIA	09
PRESENTACIÓN	13
1	15
2	19
3	23
4	29
5	33
6	37

7	43
8	45
9	49
10	53
11	57
12	63
13	67
14	73
15	77
16	83
17	91
EPÍLOGO	95
AGRADECIMIENTOS	97

*Dulce y la estrella*, de Elvia E. Salinas Hinojosa terminó de imprimirse en el mes de abril de 2013, en los talleres de Serna Impresos S.A de C.V.. En su composición se utilizaron los tipos de la familia Century Gothic (9:22) y Monotype Corsiva (36). La corrección estuvo al cuidado de la autora y de la maestra Juana Garza de la Garza. Diseño editorial, diseño de portada e ilustraciones de Cynthia P. Pérez Sepúlveda.